Juan Alfredo Obarrio y Aniceto Masferrer, *La universidad. Lo que ha sido, lo que es y lo que debiera ser*, 2015, Madrid, Digital Reasons, aprox. 190 pp.¹

RECEPCIÓN: 29 de julio de 2019.

APROBACIÓN: 5 de diciembre de 2019.

DOI: 10.5347/01856383.0132.000298617

Otro libro sobre la universidad. Sin embargo, se leerá sin desperdicio y con gran ganancia, ya que la obra de los profesores Obarrio y Masferrer es, como lo indica el título, un recorrido histórico por los grandes pensadores que han reflexionado sobre la esencia, misión y finalidad de la universidad, sazonado con atinadas referencias literarias, las cuales acentúan de otra manera la eminente dimensión antropológica que es inherente a la universidad.

En efecto, después de esbozar el origen de la universidad, acentuando las cuestiones jurídicas y destacando sobre todo el ámbito ibérico (ambos autores son españoles y doctores en Derecho), pasan revista a las siguientes obras:

Hugo de San Víctor, *Didascalicon de studio legendi*, la cual destaca que “dos son, principalmente, las cosas mediante las que cada uno consigue el conocimiento, a saber: la lectura y la meditación” (p. 22), y “tres cosas son necesarias para los que estudian: dotes naturales, trabajo y disciplina” (p. 25). Dentro de la disciplina se destaca la humildad ante el saber como condición para la sabiduría. Llama mucho la atención que esta obra medieval haya sido comentada expresamente por Iván Illich en su obra *En el viñedo del texto. Etimología de la lectura*.

Tomás de Aquino, *De Magistro*. A veces se pasa por alto que Tomás fue profesor de las universidades de París y Nápoles, con experiencia propia y directa del quehacer universitario. De ahí que señale a la universidad como el lugar del desarrollo de la inteligencia, de la memoria viviente de la tradición

¹Digital Reasons es una editorial digital cuyos libros se ofrecen principalmente en formato epub y solo se imprimen bajo demanda, de ahí que la paginación sea solo aproximada. El número de página que se cita corresponde al formato en pdf.

cultural, del diálogo y de la investigación. En resumen: “En este breve tratado, Santo Tomás realiza una reflexión sobre la Universidad, en la que esta aparece como lugar de encuentro entre maestros y discípulos, de promoción cultural, de desarrollo de la capacidad cognitiva y racional del hombre, de búsqueda de la madurez y de la perfección, de una plenitud que era designada como *paideia* —en el mundo griego— o como *humanitas* —en la cultura latina—” (p. 34).

Juan Luis Vives, que como humanista dedicó muchas obras a la educación, entre las cuales sobresale *De Disciplinis*, destaca el estudio de las letras para tomar conciencia de la humanidad común y para la formación del hombre integral. “[L]a cultura [...] no es la existencia de lo que se suele llamar bienes culturales, sino nuestra presencia ante ellos, nuestra posibilidad de ser alguien ante la herencia recibida, y, sobre todo, nuestra posibilidad de hacer algo con ella” (p. 46). Ya en Vives se percibe la crítica a los métodos anteriores y la necesidad de emplear nuevos y actuales, por lo que se le considera, algo prematuramente, un gran pedagogo. Algunas de sus sugerencias no tienen desperdicio en nuestros días.

La crisis de la universidad llega a su culmen en el siglo XVIII, pues la Ilustración tenía una visión más utilitaria del conocimiento y el Estado buscaba asumir el control del aparato universitario. Sin embargo, también en este periodo hay pensadores que siguen insistiendo en la dimensión humanista e integral de la universidad. Schleiermacher, Humboldt, Schelling y Hegel abogan por la unidad de los saberes, contra la naciente departamentalización y atomización de las ciencias. “Esta idea de la Universidad como una unidad orgánica del saber, de un saber que abraza todas las disciplinas, y en el que todas las ciencias pueden ser analizadas dentro de una unidad, de un sistema, y no como un conjunto disperso de saberes, subyace, con las variantes inevitables, en buena parte del pensamiento del siglo XIX y XX, como lo demuestra la visión que de la Universidad tuvieron autores tan diferentes como Kant, Humboldt, Nietzsche, Newman, Giner de los Ríos, Unamuno, Ortega, Jaspers, Aranguren o, entre otros, Lyotard” (p. 65). Kant defiende que la toda universidad debe tener una facultad de filosofía que vele por las facultades superiores. Humboldt buscaba que la universidad se basara en la formación general del hombre como diferenciada de la formación para el ejercicio de la profesión (lo cual, obvia decirlo, impera actualmente). También quería reforzar los principios de soledad y libertad, de cooperación, de unidad entre investigación y docencia, y de independencia respecto del gobierno.

Ya en el siglo XX, sin seguir un orden cronológico claro, destacan las siguientes reflexiones:

Derrida critica fuertemente el “culto anodino al rendimiento, a la eficacia, a la competitividad y a la rentabilidad, criterios que han hecho de la *Universitas*, no el hogar de la ciencia, ni el refugio de unas formas de saber cualificadas y bien valoradas, sino una grosera escuela de oficios varios” (p. 78). Paul Ricoeur llega incluso a afirmar que la enseñanza superior ya no existe en realidad. El resultado es, para nuestros autores, una tragicomedia, la cual consiste en “saber que una sociedad que la necesita para su desarrollo, la rechaza, y aún es más trágico ver cómo la propia Universidad es la que se rechaza a sí misma, y lo hace en aras a unos privilegios mal entendidos” (p. 87).

Max Weber continua esta crítica: “el arquetipo del hombre de ciencia que salga de las nuevas Universidades, cada vez más americanizadas y tecnologizadas, será el especialista: un universitario ajeno a la cultura, a la formación integral y cultivada” (p. 88), e insiste en la labor educativa como vocación, la cual consiste en la capacidad de responder a las preguntas últimas.

Unamuno critica a la universidad que ha matado el apetito de aprender, pues solo se va a tener un título que “no da ciencia, pero da privilegio” (p. 98). Asimismo, critica el sistema de asignaturas, en el que se pierde la visión de conjunto y el maestro queda reducido a mero transmisor (hoy se dice facilitador), al tiempo que defiende el ideal socrático de enseñanza: *in interiore hominis habitat veritas*. Para Unamuno, la universidad debe seguir siendo lo que era: “Su visión debe ser más amplia y completa: consiste en transmitir el saber, en ofrecer una visión cultural, universal, científica, ética y de compromiso con la sociedad” (p. 103).

Ortega y Gasset, con su ya clásica obra *Misión de la universidad*, recuerda que la esencia de la misma está en la transmisión de la cultura, la enseñanza de las profesiones y la iniciación a la investigación, de modo que la universidad haga culto al hombre medio.

Jaspers insiste en *La idea de la universidad* en que “la universidad tiene la misión de buscar la verdad en la comunidad de investigadores y discípulos” (p. 116). Sus tareas son la investigación, la enseñanza, la formación y la comunicación. Recuerda que aunque la universidad es una institución, lo importante en ella son las personas, sobre todo los profesores.

Allan Bloom, en *El cierre de la mente moderna*, hace un diagnóstico de la cultura universitaria actual: “casi todos los estudiantes que ingresan a la

Universidad creen, o dicen creer, que la verdad es relativa [...] Lo asombroso y degradante es el dogmatismo con que aceptamos ese relativismo y nuestra desenfadada falta de preocupación por lo que significa en nuestras vidas” (p. 136). Aun en este clima adverso, la universidad debe pugnar por mantener las cuestiones permanentes, las preguntas perennes en la mente de los estudiantes, si bien señala que en muchas ocasiones, las universidades han dejado de intentarlo. Critica la falta de solidaridad entre las ciencias naturales, sociales y las humanidades en la lucha por mantener la verdad en la universidad. Esto afecta directamente a las humanidades: “Los maestros de humanidades se hallan en una situación insostenible y no creen en sí mismos ni en lo que hacen. Guste o no, están esencialmente dedicados a interpretar y transmitir viejos libros, preservando lo que llamamos tradición” (p. 146). Yo, que soy profesor de humanidades, no puedo negar que he sentido la tentación de claudicar; afortunadamente, los buenos colegas ayudan a resistir la tentación.

Como ejemplo del siglo XXI, nuestros autores citan el famoso, para bien y para mal, plan Bolonia de 1999. La crítica al plan se centra principalmente en el hecho de que paulatinamente se está dejando de lado la palabra universidad para sustituirla por “estudios superiores” y en que la homologación de títulos ha traído consigo una disminución de contenidos. “Es una transformación que simboliza la pérdida de ese saber que se impartía en las Universidades, para transitar por las vías que conducen a la mera competitividad económica y a la mercantilización de un conocimiento que ya no busca la cultura, ni reflexiona sobre ella” (p. 160).

El libro cierra con una defensa de la lección magistral y de la universidad como institución de formación integral y cultural del ser humano en su totalidad. Si bien parece que tal defensa nace de la melancolía de dos veteranos profesores de Derecho, después de la amplia exposición de obras medievales, renacentistas, modernas y actuales, no cabe duda de que su llamado está justificado: “a no ser que uno quiera renunciar a que la Universidad deje de ser lo que ha sido durante siglos y debiera seguir siendo hoy y mañana: una institución que, lejos acomodarse a la mentalidad utilitarista y mercantilista que predominan en la actualidad, busca el conocimiento de la realidad como fin, y no como mero medio para la obtención de un beneficio o de un puesto de trabajo” (p. 6). Termino con la siguiente cita, que a más uno de nosotros, profesores de humanidades en pleno auge de las tecnologías de la información, nos han hecho alguna que otra vez, nuestros alumnos: “Disculpe, pero en la

RESEÑAS

época de internet, usted, ¿para qué sirve?’, y la respuesta que nosotros le daríamos sería: para pensar, y hacerles pensar; para reflexionar, y hacerles reflexionar; para transmitirles información, y para enseñarles que el conocimiento es como el viaje a Ítaca descrito por Kavafis: un recorrido que no termina nunca” (p. 180).

CARLOS GUTIÉRREZ LOZANO
Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM